

Marxismo y sociología hoy. El caso de las “finanzas medioambientales”/1

Razmig Keucheyan

Quisiera plantear una forma particular de crítica: el marxismo. El marxismo no es toda la crítica, pues existen otras formas de sociología crítica, inspiradas por ejemplo en las obras de Pierre Bourdieu y Michel Foucault, en el feminismo, etcétera. Y dentro del marxismo podemos encontrar diversas maneras de concebir la crítica. Hay por ejemplo grandes diferencias entre marxistas contemporáneos como Erik Olin Wright, Michael Burawoy, E.P. Thompson, David Harvey, Andrew Feenberg y Ellen Meiksins Wood.

Un enfoque gramsciano

Quisiera definir e ilustrar una variante particular de sociología marxista, inspirada en Antonio Gramsci, concretamente en la reformulación de una de sus tesis por Michael Burawoy (2003). Burawoy es conocido sobre todo por sus trabajos en materia de etnografía del trabajo, aunque también ha emprendido una ambiciosa relectura de la tradición marxista. Esta relectura consiste en combinar las aportaciones de tres autores: Gramsci, su coetáneo Karl Polanyi —que es, como Gramsci, un pensador de las mutaciones del capitalismo a escala macrosociológica— y Bourdieu. Para Burawoy, el porvenir de la sociología crítica, o uno de sus porvenires posibles, está en la combinación de las aportaciones de estas tres obras.

La tesis de Gramsci es la siguiente: el capitalismo conoce crisis cíclicas, pero también busca constantemente soluciones a esas crisis, innova y se reestructura al amparo de las crisis. Dicho de otro modo, uno de los imperativos a que está sometido el capitalismo —o las fracciones de las clases dominantes que marcan el rumbo del capitalismo en un periodo dado— es el de hallar los medios para gestionar o atenuar las crisis, con el fin de estabilizar y conseguir que vuelva a ascender la tasa de ganancia, motor de la acumulación de capital. La función

1/ Este texto se redactó con motivo de una intervención en el Congreso de la Asociación Francesa de Sociología el 30 de junio de 2015, concretamente para la mesa redonda titulada “¿Profesionalizar la sociología crítica?”, con Francis Chateauraynaud, Christian Laval y Gisèle Sapiro.

“Para él, las grandes crisis del capitalismo, que califica de “crisis orgánicas”, son indisolublemente crisis económicas y crisis de hegemonía”

de la sociología política, en esta perspectiva, o en todo caso una de sus funciones, consiste en prestar atención a la dialéctica entre estabilidad (relativa), crisis y reestructuración del sistema para salir de la crisis.

Voy a concretar los dos aspectos de esta tesis de Gramsci. Es evidente que el capitalismo está sometido a crisis cíclicas, como ya habían demostrado Marx y los economistas clásicos, y no voy a detenerme en esto. En la actualidad estamos

atravesando una crisis importante del sistema, iniciada en 2007 en el mercado de las hipotecas basura en EE UU, y cuyo final no está a la vista. Señalaré de pasada que la sociología no se ha interesado suficientemente por las crisis económicas. Existe una sociología de las crisis políticas, por ejemplo en Michel Dobry (2009), y existen trabajos centrados en las consecuencias sociales de las crisis económicas, por ejemplo el aumento de las desigualdades o el sentimiento de desclasamiento. Sin embargo, la dinámica de las crisis económicas no ha sido objeto de estudio en sociología, y sería una tarea importante para la sociología crítica desarrollar una sociología de las crisis del capitalismo.

Lo nuevo que aporta Gramsci en materia de teoría de las crisis son dos elementos. En primer lugar, para Gramsci las crisis son momentos de debilitamiento de los determinismos sociales y de resurgimiento de la contingencia en el corazón del mundo social. En las crisis, la reproducción se frena o deviene problemática (lo que no quiere decir que quede suspendida). Por eso, para Gramsci las crisis son campos de batalla por excelencia, donde tratan de imponerse diferentes sectores de las clases dominantes y/o subalternas con sus respectivos proyectos de reorganización del mundo social. En las crisis se hacen y deshacen las hegemonías.

En sus *Cuadernos de la cárcel*, Gramsci se interesó por la implantación del fordismo en Europa en respuesta a la crisis de las décadas de 1920 y 1930 (él fue uno de los primeros en emplear el término “fordismo”). El ascenso imparable del neoliberalismo en la década de 1970 también puede concebirse como una respuesta a la crisis de los “años dorados” de la posguerra sobre un telón de fondo de derrotas del movimiento obrero y otros movimientos sociales y de emergencia del capital financiero como fracción hegemónica de las clases dominantes.

La segunda aportación de Gramsci a la teoría de las crisis tiene que ver con su concepto de hegemonía. Para él, las grandes crisis del capitalismo, que califica de “crisis orgánicas”, son indisolublemente crisis económicas y crisis de hegemonía (o de “legitimidad”), en las que desaparece el liderazgo —incluido el moral— de las clases dominantes. Habría que definir la hegemonía para concretar más lo que son las crisis de hegemonía. Un aspecto importante es que este concepto de hegemonía acerca a Gramsci a determinadas ideas de Bourdieu y Foucault.

Segundo aspecto de la tesis de Gramsci: el hecho de que el capitalismo se reestructura con motivo de las crisis. Gramsci se acerca en este punto a la teoría del “doble movimiento” que desarrolla Polanyi en *La gran transformación* (1989). Para Polanyi, las economías capitalistas se caracterizan por un “doble movimiento” entre el impulso a la mercantilización del trabajo y en particular de la tierra (que Polanyi denomina “mercancías ficticias”) y la implementación de protecciones contra los efectos destructivos de la mercantilización en la vida social en forma de instituciones como el derecho laboral o la seguridad social, por ejemplo, Polanyi califica esta resistencia social al mercado “contra-movimientos”.

Esta tesis también se encuentra en la obra de Gramsci (Gramsci y Polanyi son pensadores de la misma generación, la que vio cómo se reestructuró el capitalismo a raíz de la crisis de la década de 1930). Sin embargo, Gramsci insiste en lo siguiente: los capitalistas también sufren la crisis, pues estas presionan a la baja la tasa de ganancia y amenazan con desposeerlos, o con desposeer a algunos. De ahí la incitación a innovar. Para Gramsci, por tanto, los “contra-movimientos” no solo son fruto de los movimientos sociales de resistencia a la mercantilización ni dispositivos establecidos por el Estado. Emanan asimismo del propio seno de las clases dominantes, que se ven incitadas por la lógica del sistema a inventar mecanismos estabilizadores o innovadores en un contexto de crisis. Gramsci denomina “revolución pasiva” la creación a escala sistémica de mecanismos de este tipo por las clases dominantes en un contexto de crisis (Morton, 2010).

Gramsci es un pensador de la creatividad y la resiliencia capitalistas, aunque al mismo tiempo sea un pensador de sus contradicciones. En la sociología actual de las clases dominantes se presta poca atención a la manera en que se comportan distintas fracciones de las clases dominantes en la crisis, a los diferentes “proyectos” de reorganización de la sociedad en competencia. Está claro, por ejemplo, que en el contexto de la crisis actual de la Unión Europea no todos los sectores de las clases dominantes tienen la misma concepción de la salida de la crisis. Esas distintas concepciones podrían ser objeto de una verdadera sociología y no solo de meros enfoques económicos de la salida de la crisis.

Los “bonos catástrofe”

Quisiera ilustrar este planteamiento gramsciano a la luz de una cuestión sobre la que estoy investigando actualmente y en la que se percibe esta dialéctica de crisis y reestructuración del capitalismo: las “finanzas medioambientales”, un ámbito que tal vez sea central en la dinámica del capitalismo en los próximos años (Keucheyan, 2014). Por finanzas medioambientales se entiende el conjunto de productos financieros “vinculados” a la naturaleza. Los más conocidos son los mercados de derechos de emisión de carbono, pero hay muchos más, como por ejemplo los derivados climáticos o los bancos de compensación

de la biodiversidad. La finanza medioambiental surge a lo largo de los últimos tres o cuatro decenios para hacer frente a los retos de la crisis ecológica. Algunos de estos instrumentos financieros, sin embargo, tienen una historia más dilatada, que se remonta hasta el siglo XIX.

He estudiado en particular uno de esos instrumentos, cuya etnografía estoy tratando de elaborar, a saber, los “bonos catástrofe” (*catastrophe bonds* en inglés). Como todos los bonos, un bono catástrofe es una fracción de deuda. Su especificidad, no obstante, estriba en que no se trata de una deuda contratada por un Estado o una empresa, por ejemplo para renovar sus equipos o financiar un proyecto de inversión. Está relacionada con las catástrofes naturales: huracanes, inundaciones, sequías, terremotos, cañículas... El valor subyacente del bono catástrofe, en resumidas cuentas, es la naturaleza, de ahí la idea de que estos productos comportan la financiarización de la naturaleza. Los bonos catástrofe están relacionados con catástrofes naturales que todavía no han ocurrido, pero que es posible, aunque no seguro, que ocurran, y de las que se sabe que ocasionarán daños materiales y humanos de consideración.

Concretamente, un bono catástrofe funciona así: una compañía de seguros o un Estado emite una obligación a través de un banco de inversiones, obligación que este último vende a los inversores interesados. Como ocurre con cualquier bono u obligación, la compañía de seguros o el Estado paga intereses a los inversores a cambio del dinero que estos le prestan. Si ocurre la catástrofe dentro de unas coordenadas espaciales y temporales delimitadas mediante contrato, los inversores pierden el dinero invertido (el principal), que se utilizará para indemnizar a los damnificados. En cambio, si la catástrofe no se produce, los inversores recuperan el principal y conservan los intereses percibidos. El vencimiento de estos títulos, es decir, el plazo de vigencia del préstamo durante el que se pagan intereses, suele ser de tres a cinco años.

Los bonos catástrofe se crearon en la década de 1990. Desde entonces se han emitido más de 300, principalmente por parte de compañías de seguros y reaseguros, aunque también de Estados, en cuyo caso se habla de bonos catástrofe “soberanos”, del mismo modo que existen “deudas soberanas”. Al igual que todos los títulos financieros, los bonos catástrofe son evaluados por agencias de calificación de riesgo, es decir, Standard and Poor’s, Fitch y Moody’s. Normalmente se clasifican en la categoría BB, lo que implica que encierran algún riesgo para los inversores. También existen bolsas de intercambio de bonos catástrofe.

¿Para qué sirven los bonos catástrofe? Son dos tipos de causas las que dieron pie a esta innovación financiera. Primera causa: los bonos catástrofe se crearon para que las compañías de seguros y los Estados puedan protegerse frente a los costes crecientes de las catástrofes naturales. La década de 1990 fue un punto de inflexión en materia de seguros frente a riesgos climáticos. En aquella época se produjeron una serie de acontecimientos naturales con un coste fuera de lo común, como el huracán Andrew en Florida en 1992 (que

costó más de 25.000 millones de dólares), y que se sucedieron en un lapso de tiempo muy corto, obligando al sector de los seguros y a los Estados a buscar nuevos recursos.

El cambio climático hace que el número y la intensidad de las catástrofes naturales aumenten continuamente. La finalidad de los bonos catástrofe, en esta perspectiva, consiste en dispersar al máximo los riesgos naturales en el tiempo y en el espacio, de manera que resulten financieramente insensibles. En la medida en que los mercados financieros abarcan hoy la totalidad del planeta, estos riesgos alcanzan, gracias a la “titulización” (su transformación en títulos financieros emitidos en los mercados de capitales), un grado máximo de reparto del riesgo.

Históricamente, el coste de las catástrofes naturales aumenta por efecto de dos procesos combinados: el crecimiento económico, que implica que hay cada vez más bienes destruidos cuando se produce una catástrofe, y el crecimiento y la concentración (urbanización) de la población, que hace que haya cada vez más víctimas en caso de catástrofe, víctimas que en los países capitalistas avanzados están aseguradas. A estos dos procesos históricos se añade ahora un tercero, que intensifica los otros dos: el cambio climático. Las compañías de seguros nunca se han sentido atraídas por el escepticismo climático, sino que perciben claramente los efectos de la crisis medioambiental en el balance de costes de siniestralidad...

Segunda causa que explica la innovación financiera que suponen los bonos catástrofe: la crisis económica. En la primera mitad de la década de 1970, el capitalismo se sumió en una profunda crisis cuando llegó a su fin el largo periodo de crecimiento de los “años dorados” precedentes. Este cambio de coyuntura redujo la tasa de beneficio, que desde entonces no ha dejado de disminuir. La crisis económica iniciada en 2007 es una manifestación reciente de esa crisis más duradera (Brenner, 2009).

¿Cómo responde el capitalismo a este descenso de la rentabilidad? De dos maneras: por un lado, tratando de privatizar todo lo que hasta ahora estaba fuera del mercado, a saber, por ejemplo, los servicios públicos, además de los conocimientos, la biodiversidad... La privatización significa en este caso someter estos sectores a la lógica del mercado para tratar de relanzar la tasa de beneficio. Dicha privatización se lleva a cabo a menudo con el apoyo activo del Estado. Por otro lado, financiarizando la economía, es decir, dejando de invertir en la economía llamada “real” o “productiva”, en la que precisamente está disminuyendo la tasa de ganancia, y haciéndolo en las finanzas, que permiten embolsarse cuantiosos beneficios (ficticios), hasta que sobreviene la crisis. El neoliberalismo se define en particular por esta doble tendencia a la privatización y a la financiarización. La financiarización de la naturaleza es un caso particular de un proceso de financiarización más general.

A escala macrosociológica, la creación de los bonos catástrofe se produce por tanto en el contexto de una doble crisis: ecológica y económica. Esta

“Las compañías de seguros nunca se han sentido atraídas por el escepticismo climático, sino que perciben claramente los efectos de la crisis medioambiental en el balance de costes de siniestralidad...”

doble crisis obliga al capitalismo a innovar, pues presiona a la baja la acumulación de capital. La crisis ecológica genera además costes suplementarios, como cuando los picos de contaminación en París comportan un aumento de la afluencia a los hospitales o una disminución de la productividad de los trabajadores. A escala más micro-sociológica podemos identificar los sectores del ramo de los seguros que han creado este mecanismo financiero, vinculados al aparato de Estado, así como las organizaciones internacionales (el Banco Mundial, por ejemplo, es muy activo en el frente de la financiarización de la naturaleza).

Los bonos catástrofe constituyen una especie de “experimentación capitalista”, de la que existen otros ejemplos hoy y en cada época. Habría que escribir la historia de esos experimentos desde la perspectiva de los años. Cuando Gramsci dice que el capitalismo produce crisis, pero que también se reestructura a raíz de esas crisis, es precisamente en este tipo de experimentos en los que piensa.

Hay que insistir en que es posible que estas experimentaciones capitalistas fracasen. Decir del capitalismo que prueba nuevos mecanismos en periodo de crisis no significa que los experimentos en cuestión resulten siempre concluyentes. Durante una conferencia de prensa celebrada en mayo de 2014, el financiero estadounidense Warren Buffet aconsejó a los inversores dejar de comprar bonos catástrofe (Tett, 2014). Desde su punto de vista, la agravación del cambio climático implica que cada vez más a menudo esos bonos se convertirán en humo, es decir, los inversores perderán su dinero, que servirá para indemnizar a las víctimas de catástrofes cada vez más intensas y frecuentes. Dicho de otro modo, la relación de fuerzas entre las partes contratantes, compañías de seguros y reaseguros y Estados por un lado, e inversores por otro, evolucionará a favor de las primeras. De ahí que según Buffet esos bonos no constituyen una inversión interesante a largo plazo.

Desde luego que es posible que se equivoque. Otros analistas auguran un futuro brillante a los bonos catástrofe. Sin embargo, si Warren Buffet tiene razón, el auge de los bonos catástrofe habrá sido breve, de unos dos decenios, los que van de mediados de la década de 1990, cuando se crearon, hasta nuestros días. En esta eventualidad, habrán experimentado este mecanismo y el experimento no habrá sido concluyente. Así, la dinámica de estabilización/crisis/reestructuración del capitalismo encierra una parte importante de contingencia.

A este carácter incierto de la experimentación capitalista se añade otro problema: el hecho de que cualquier solución ante un riesgo siempre es susceptible de generar nuevos riesgos. La financiarización del seguro de los riesgos climáticos implica de hecho “conectar” el seguro de riesgos climáticos con los

ciclos inestables de los mercados financieros, que a su vez también están sujetos a crisis periódicas. Si se produce una crisis financiera masiva del tipo de la de las “hipotecas basura” de 2007, por ejemplo, el valor de esos productos financieros tocará fondo. Para las víctimas de catástrofes naturales que hubieran invertido sus ahorros, a través de sus aseguradoras, en bonos catástrofe, las consecuencias serían dramáticas. La estabilización de las contradicciones del capitalismo siempre es precaria. Aunque se hayan puesto en marcha los mecanismos de estabilización, las contradicciones subyacentes no dejan de operar. El capitalismo, dice Gramsci, es una “crisis continua”.

Hacer sociología crítica consiste, entre otras cosas, en interesarse por la creatividad y la resiliencia del capitalismo en contextos de crisis. La esperanza es que una parte de esta creatividad pueda “desviarse” para imaginar alternativas al sistema, soluciones a la crisis acordes con los intereses de las clases dominadas, con la participación directa de estas. Así, cualesquiera que sean las medidas que adopten (o no) los gobiernos reunidos en la conferencia sobre el clima de París este diciembre, la crisis medioambiental ya está servida. En esta perspectiva, el establecimiento de un sistema de seguros global frente a las catástrofes naturales cada vez más numerosas e intensas que escape al control de los mercados financieros, y que se someta al de los ciudadanos y los trabajadores, como fue en su tiempo la seguridad social, es sin duda una vía que vale la pena explorar.

Razmig Keucheyan es profesor de sociología de la Universidad de la Sorbona París IV. Es autor de *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos* (Madrid, Siglo XXI de España, 2013) y de *La nature est un champ de bataille* (Zones, 2014).

Traducción: *VIENTO SUR*

Bibliografía citada

- Brenner, R. (2009) *La economía de la turbulencia global*. Madrid: Akal.
- Burawoy, M. (2003) “For a Sociological Marxism: The Complementary Convergence of Antonio Gramsci and Karl Polanyi”. *Politics & Society*, vol. 31, n.º 2.
- Dobry, M. (2009) *Sociologie des crises politiques*. París: Presses des Sciencespo.
- Keucheyan, R. (2014) *La nature est un champ de bataille. Essai d'écologie politique*. París: la Découverte, colección “Zones”, cap. 2.
- Morton, A. (2010) “The Continuum of Passive Revolution”. *Capital & Class*, vol. 34, n.º 3.
- Polanyi, K. (1989) *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta.
- Tett, G. (2014) “Why Buffet is Steering Clear of Catastrophe Bonds”. *Financial Times*, 8/5/2014. Disponible en: <http://www.ft.com/cms/s/0/5c5dd0d6-d697-11e3-907c-00144feabdc0.html>.